

## Los que pretendieron conquistar la Vida

**H**AY el sentimiento gris del artista, que concibe la belleza siéndole negada la expresión. Es un malestar tan hondo como opaco, pero sin duda es más profundo el de aquel que al despertar de sus sueños deseó vivir esa belleza. El mundo reserva a veces crueles venganzas para los que ambicionan dominarlo y la vida convierte en esclavos y peleles a los que creyeron ser sus amos. El derecho a subir sus planos tiene impuesto de pesar; y el retorno al clima de las medias tintas es la monotonía plomiza y desesperante de los mares estáticos, de las llanuras sin árboles, de las ciudades sin mujeres.

En general, los artistas no sienten la necesidad de embellecer la vida, ni el malestar de sus limitaciones. El artista pasa, canta y conmueve, representando el caso curioso del doble ser que en la expresión de su arte desarrolla en detrimento del hombre toda su sensibilidad.

Son pocos, poquísimos, los que han sentido la necesidad de realizar en obra humana toda esta sensibilidad. Y esto no sólo entre los intérpretes sino aún entre los creadores. Sensibilidad y estética no son siempre ideales de vida entre los artistas.

Exceptuando unos pocos entre los que podríamos contar a Lord Byron, Oscar Wilde, d'Annunzio, María Barkitseff, los más han sido en sus costumbres tan burgueses como el que más.

Voy a tomar aquí para su análisis algunas de estas figuras excepcionales. Ellas representan el ansia y el amor de un mundo menos vulgar.

Empezaré por Lord Byron, que es el primero en el tiempo.

En sus «Estudios literarios» tiene Macaulay un trabajo sobre él tan perfecto y acabado como todo lo suyo, en el cual dice que aplicada a Lord Byron la conocida ficción de la presencia de las hadas junto a la cuna se podría decir que todas se dieron cita menos una, y, que esa sola, no pudiendo privarle de los dones otorgados por sus hermanas, maldijo cada una de sus mercedes.

Agrega: así pareció ser en efecto, porque en la posición social de Lord Byron, en su talento, en su carácter y hasta en su persona se vieron siempre reunidos y mezclados de la manera más extraña los más opuestos extremos. Recibió al nacer cuanto el hombre admira y desea, pero cada una de sus superioridades iba ligada estrecha y misteriosamente a elementos de miseria y humillación. Era hijo de padres de antigua nobleza; pero degradados y empobrecidos, por una serie prolongada de locuras y crímenes, que alcanzaron escandalosa publicidad: el joven par poseía grandes facultades de inteligencia pero con algo de insano: su corazón era naturalmente sensible y generoso, pero su carácter colérico y mudable: su cabeza era modelo de hermosura pero uno de sus pies deforme: notable por la fuerza y debilidad de su espíritu; afectuoso y malo; personaje ilustre y pobre inválido al propio tiempo, nadie hubo menester tanto como él de recibir educación más sólida y prudente. Mas por extraños que fuesen los caprichos de la naturaleza respecto a él, la madre a quien cupo en suerte formar su carácter fué más caprichosa todavía, porque así pasaba del paroxismo de la cólera al paroxismo de la ternura, como del llanto a la risa, como colmaba a su hijo de caricias, como lo cubría de invectivas y de apóstrofes, afeándole sus defectos.

Entró luego en la vida del mundo, y las gentes lo trataron como lo trató su madre: a veces con amor, a veces con saña, nunca con justicia; la sociedad fué para con él afable y dura indistintamente; pero siempre sin criterio y sin discernimiento, pudiendo decirse que su madre, la naturaleza, la fortuna, la fama y la sociedad se condujeron con él de idéntico modo.

Cuando llegó la hora de la fortuna, los escritores, las mujeres, los políticos, quemaron incienso ante su esfinge; a los veinticuatro años su nombre era glorioso. Todo era simpatía, aclamación, entusiasmo. Como reacción lógica al ambiente, el poeta dió rienda suelta a sus pasiones. Sintió el amargo placer de fustigar, se rodeó de un grupo de muchachos que imitaban todos los días ante el espejo la contracción de sus labios y el fruncimiento de las cejas para obtener el gesto de tristeza que caracterizaba el rostro de Lord Byron. Estos muchachos extraccaron de la obra del maestro estos dos mandamientos, que fueron su divisa: «Odiar al prójimo y desear la mujer ajena».

El demonio de la dominación le cogió totalmente. Deseó a las más lindas mujeres; todas fueron suyas. Quiso tener influencia política atacando rudamente al Regente; pues bien, los tories movieron la cabeza con ronrisa bonachona. Esgrimió armas contra la religión, y las gentes de la iglesia le citaron con dulzura.

Como dice su comentarista, Inglaterra creía que debía perdonársele todo en gracia de su juventud, de su rango y de su genio.

El destino de Lord Byron fué muy semejante al de Oscar Wilde, si bien en este último hubo una mayor crueldad.

Ambos fueron ídolos, árbitros de elegancia, dominadores de hombres y de mujeres. Oscar Wilde se titulaba a sí mismo «El rey de la vida». Jóvenes, bellos y gloriosos fueron elegidos entre todos los demás como víctimas para ser sacrificados en el altar de la moral pública.

Es curioso observar este rasgo de la psicología popular inglesa al castigar a estos hombres por el pecado de haber sido elogiados hasta el exceso y de haber inspirado un grado de interés como ningún otro. ¿Lleva esto tras de sí una advertencia: que el hombre ha sido ensalzado hasta ese grado debe responder con una mayor suma de virtudes? O bien fué una repetición del caso del personaje griego que asistía disfrazado entre la multitud que juzgaba su actuación, y cuando llegó el momento de votar, un anciano que estaba a su lado y que no sa-

bía escribir, le pidió, sin conocerle, que escribiera su voto de muerte. Entonces él le preguntó: —¿Por qué quieres hacerle morir? ¿Es que te ha ofendido? No—le respondió el anciano—; pero ya estoy aburrido de oír hablar de él.

Porque la verdad es que, si bien es cierto que Lord Byron y Oscar Wilde infringieron las leyes en distinto sentido; hubo muchos otros que pecaron y fueron perdonados, tal vez en relación con su insignificancia.

El primero fué más afortunado que el segundo, pues Venecia que pasó a ser su nueva patria, le rindió homenajes suficientes para hacerle olvidar sus infortunios. Ahí vivió en medio de un harem, pero este harem le fué funesto pues acabó con su salud y cuando se enroló entre los que iban a pelear por Grecia, no fué en los campos de batalla donde concluyó sus días, sino en la cama, agotado por las enfermedades.

Lord Byron fué más un ansioso y un vividor que Wilde; éste fué más un refinado. Lord Byron no tuvo tanto como Wilde esa idea de hacer de la vida un algo artificioso pero bello. Wilde abominaba de todo lo incómodo, de todo lo anti-estético; no podía tolerar ante su vista a una persona fea. Y esto en él no era exageración, el desagrado le producía malestar y enfermedad. Procuraba vencerse y no podía.

Cuenta un amigo suyo, que un día fué una señora fea, pero de una fealdad corriente, a solicitar de él un servicio; Wilde la escuchó durante dos minutos y salió repentinamente muy apresurado del salón. Como no volviera, su amigo fué a buscarle y le encontró haciendo esfuerzos, que no pudo alcanzar, por volver frente a la señora.

Abominaba de la gente que hablaba a gritos o en forma vulgar. Dicen todas las biografías que de él se han hecho, que la conversación de Wilde era de una elegancia extraordinaria. Las expresiones más bellas, los pensamientos más inteligentes y más finamente irónicos no quedaron en sus libros; gustaba darlos como moneda menuda y en tono indiferente. Le interesaba más vivir que escribir.

Sentía un gran desprecio por la naturaleza, porque la encon-

traba incómoda; según él el último carpintero de Oxford era más inteligente que toda ella entera, puesto que era capaz de construir un asiento más confortable que la madre tierra.

Oscar Wilde fué distinguido y tuvo la visión estética aún en sus momentos de mayor pobreza y decadencia. Después de su proceso, cuando se encontraba en Francia sin un chelín en el bolsillo, iba a veces con su ropa ya muy gastada a visitar a un amigo y era muy frecuente que el sirviente la anunciara diciendo: «Ahí en la puerta hay un caballero muy elegante que desea ver al señor».

Cuando Wilde era un niño, dijo una vez a un amigo que «quería probar el fruto de todos los árboles del jardín de la vida», y se lanzó al mundo con esta pasión en el alma. Efectivamente, los probó todos y con creces los de la desgracia.

Wilde miraba la vida como un escenario en el cual se representa un papel, así cuando se vió vencido tuvo demasiado claro el concepto de su fracaso. No imploró ni un momento. Con gesto altivo, con las manos en los bolsillos de sus eternos pantalones rayados de blanco, la abandonó definitivamente. Lleno de orgullo en la desgracia, como en la felicidad, no quiso hacer el papel de los artistas viejos, que aparecen en el tablado a recoger el frío aplauso del público que los ovacionara en otro tiempo.

• • •

Y finalmente María Barkitseff la delirante del deseo de vivir para cristalizar belleza.

Hay un párrafo de su diario que la define más claramente que el más inteligente estudio que se pudiera hacer sobre su persona.

«Oh, cuando pienso que no se vive sino una vez y que cada minuto que pasa nos acerca a la muerte, la locura me invade! Me parece que nadie ambiciona como yo arte, música, pintura, libros, mundo, trajes, lujo, ruido, calma, risa, tristeza, melancolía, amor, frío, sol, todas las estaciones, todos los es-

tados atmosféricos, las llanuras silenciosas de la Rusia y las montañas de Nápoles; la nieve en invierno, las lluvias en otoño, la primavera y sus exuberancias, los días tranquilos del verano y las noches embellecidas con sus brillantes estrellas... Adoro y admiro todo. Todo se presenta a mí bajo aspectos interesantes o sublimes; querría verlo todo, sentirlo todo, tenerlo todo, abrazarlo todo, confundirme con todo y morir, puesto que esto es fatal, en dos años o en treinta: morir en éxtasis para sentir este último misterio, ese fin de todo o ese comienzo de divinidad...»

Para mí el mérito de María Barkitseff no está en su libro ni en su literatura sino en esa avidez de belleza y sensación que la dominaba. Cuando se paseaba por las calles de Nápoles con sus trajes costosos y sus enormes galgos, toda una armonía en blanco, no era por un vulgar espíritu de llamar la atención, como dice siempre ante estos gestos el público burgués, sino porque así daba una nota de belleza y era ella quien la encarnaba.

Pero María Barkister pagó también con una desgracia desmedida ese deseo de dominar la vida.

Por las injusticias que sufrieron y porque exacerbaron sus existencias buscando en ellas todos los claro-oscuros de la emoción, se siente una honda simpatía por estos alucinados y una gran rebeldía ante la vida que fué para ellos, una vez más, la eterna inconquistada.

MARTA VERGARA